

POSVERDAD Y DISTOPÍA

PÓS-VERDADE E DISTOPIA

POST-TRUTH AND DYSTOPIA

Darío Villanueva

Real Academia Española

Universidad de Santiago de Compostela

RESUMEN

En nuestra sociedad posmoderna ha surgido con fuerza un nuevo concepto: la posverdad. Para el diccionario Oxford, *post-truth* es un adjetivo referido a circunstancias que denotan que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y las creencias personales.

No parece muy probable que Donald Trump haya sido lector de filósofos como Jacques Derrida o Michel Foucault. Pero es evidente la conexión entre la posverdad y un clima de pensamiento posmoderno por ellos propiciado. Aparte de los bulos de Trump y los *brexiteers*, no deja de denunciarse la intensificación de campañas desinformativas en otros países como Rusia, Hungría o Turquía. Y en España hay que reparar simplemente en el llamado *procés* en Cataluña.

El género novelístico de las distopías cuenta ya con un cumplido corpus. Este asunto de la posverdad encuentra su primera fundamentación distópica en la novela *1984* de George Orwell, publicada en 1949, aunque la primera obra de la serie fue *Nosotros* de Evgueni Zamiatin, de 1924. Entre ambas distopías, Aldous Huxley había publicado *Brave New World*, de 1932, cuyo título tomado de Shakespeare sugiere una tiranía aparentemente amable. Pero en ella funciona ya, asimismo, la posverdad.

Palavras-clave: Postmodernismo, posverdad, distopía, bulo, desconstrucción, neolengua

RESUMO

Na nossa sociedade pós-moderna, um novo conceito surgiu com força: o de pós-verdade. Segundo o Dicionário Oxford, *post-truth* é um adjetivo que qualifica circunstâncias que denotam que os factos objetivos têm muito menos influência na formação da opinião pública do que os apelos à emoção e às crenças pessoais.

Não parece plausível que Donald Trump tenha sido leitor de filósofos como Jacques Derrida ou Michel Foucault. É, contudo, evidente a ligação entre a pós-verdade e um clima de pensamento pós-moderno por eles propiciado. À parte os embustes de Trump e dos Brexiters, não deixa de denunciar-se a intensificação de campanhas desinformativas noutros países como a Rússia, Hungria ou Turquia. E em Espanha, olhe-se para o chamado processo em Catalunha.

O género romanescos das distopias conta já com um *corpus* considerável. Este assunto da pós-verdade encontra a sua primeira fundamentação distópica no romance *1984* de George Orwell, publicado em 1949, embora a primeira obra da série tenha sido *Nós* de Evgueni Zamiatin, de 1924. Entre ambas as distopias, Aldous Huxley tinha publicado *Admirável Mundo Novo*, de 1932, cujo título, tomado de Shakespeare, sugere uma tirania aparentemente amável. Porém, nela funciona já a pós-verdade.

Palavras-chave: Pós-modernismo, pós-verdade, distopia, embuste, desconstrução, novilíngua

ABSTRACT

In our post-modern society a new concept has emerged significantly: *post-truth*. For the *Oxford English Dictionary*, the adjective *post-truth* refers to circumstances that indicate that objective facts have less influence on the formation of public opinion than emotional appeals and personal beliefs. It does not seem very likely that Donald Trump has read philosophers such

as Jacques Derrida or Michel Foucault, however the connection, fostered by them, between post-truth and an atmosphere of post-modern thought, is clear.

Aside from Trump's unfounded fake-news and the Brexiters, the intensification of misleading campaigns in other countries such as Russia, Hungary or Turkey continues to be denounced. Also, in Spain we must notice the so-called 'procés' in Catalonia.

The novelistic genre of dystopia has already a broad corpus. The post-truth issue finds its first dystopian basis in the novel 1984 by George Orwell, published in 1949, although the first book in the series was *We* by Yevgueni Zamiatin, in 1924. Between both dystopias, Aldous Huxley published *Brave New World*, in 1932, whose title taken from Shakespeare suggests a seemingly kind tyranny, but in it post-truth also appears.

Keywords: Postmodernism, post-truth, dystopia, fake news, deconstruction, newspeak

Desde el último tercio del siglo XX está viva la definición de nuestra época bajo el rubro de la *posmodernidad*, que algunos filósofos como Rosa María Rodríguez Magda (2004) prefieren ya denominar *transmodernidad*. Se difunde a la vez la noción de *posthumanismo*, como obligada superación del humanocentrismo que marcó nuestra civilización a partir del Renacimiento y tuvo su fecunda continuidad en la Ilustración, cuya impronta racionalista se está poniendo también en entredicho. De acuerdo con Zygmunt Bauman, nuestra *modernidad líquida* se nutre de una cultura del desapego, de la discontinuidad y del olvido. Y este escenario con acusados ribetes apocalípticos parece remitirnos inexorablemente a las profecías sociales negativas planteadas en las más logradas *distopías* que, en forma de novelas, fueron escritas y publicadas entre los años veinte y el medio siglo pasado. Con un sentido obviamente contrario al del

género literario positivo de las *utopías*, John Stuart Mill, el creador de este neologismo incluido por primera vez en un discurso de 1868 ante la Cámara de los Comunes del Parlamento británico, mejoraba considerablemente otra solución léxica aportada con anterioridad para expresar la misma noción por Jeremy Bentham: *cacotopía*.

En el contexto de nuestra sociedad post o transmoderna ha surgido con fuerza un nuevo concepto: la *postverdad*. De su considerable impacto sobre políticos e intelectuales, e incluso en el propio imaginario colectivo, da fe que el más prestigioso diccionario inglés lo distinguiese en 2016 con el título honorífico de palabra del año. Para el Oxford, *post-truth* es un adjetivo que se refiere a circunstancias que denotan que los hechos objetivos influyen menos en la formación de la opinión pública que los llamamientos a la emoción y a las creencias personales. En 2004, el periodista estadounidense Eric Alterman calificó como “presidencia de la posverdad” la de George W. Bush. Y siempre en esta clave política, se reaviva su vigencia gracias a muchos de los argumentos de los partidarios del llamado Brexit, y, sobre todo, de los tuits y peroratas de Donald Trump antes y después de su campaña presidencial.

The New York Times reveló en su día que los *twits* publicados por Trump en sus primeras semanas en la Casa Blanca, a partir de enero de 2017, en noventa y nueve casos propalaban falsedades. Por ejemplo, que él era el hombre que más veces había ocupado la portada de la revista *Time*. Mentía al decir que había sido en 14 o 15 ocasiones, cuando fueron exactamente once, cuando Nixon llegó a aparecer en 55 portadas. Y según el blog de verificación de datos de *The Washington Post*, en 466 días del despacho oval, el flamante presidente profirió 3.000 mentiras, todo un récord: una media de 6,5 afirmaciones diarias que no eran ciertas. Precisamente en su libro titulado escuetamente *Truth*, Hector Macdonald (2018) asegura que, para hacer frente a las posverdades, ya existen en 47 países más de

cien organizaciones de verificación de datos (“fact-checker sites” en internet).

Y no deja de resultarme muy significativo, a propósito de la conexión que establecíamos al principio de estas páginas en homenaje a Carlos Reis entre nuestra sociedad de hoy y las distopías novelísticas, el hecho de que uno de los más recientes y perspicaces ensayistas que se han ocupado de la posverdad, Lee McIntyre (2018), comience cinco de los siete capítulos de su libro con citas tomadas de George Orwell. La primera de las cuales es muy conocida: “In times of universal deceit, telling the truth will be a revolutionary act”.

Por suerte para los hispanoparlantes, la *post-truth* inglesa ha encontrado sin mayor problema una traducción impecable: *posverdad*. En las bases de datos de la Real Academia Española, de la que Carlos Reis es miembro correspondiente extranjero, aparece con testimonios que se remontan a 2003, cuando Luis Verdú hablaba ya de “la era de la posverdad”. La palabra se incorporó a finales de 2017 como neologismo en la primera actualización de nuestro *Diccionario de la lengua española* ofrecido gratuitamente en la red, que recibe una media mensual de sesenta millones de consultas procedentes de todo el mundo. Para definir *posverdad*, que en castellano no es adjetivo sino sustantivo, se partió de la idea de toda información o aseveración que no se basa en hechos objetivos, sino que apela a las emociones, creencias o deseos del público; como una distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.

La *post-truth* se nutre básicamente de las llamadas *fake-news*, falsedades difundidas a propósito para desinformar a la ciudadanía con el designio de obtener réditos económicos o políticos. Eso es lo que con una precisión y economía lingüística admirables el español denomina *bullo*: “Noticia falsa propalada con algún fin”, según reza el diccionario académico.

Muy famoso se ha hecho, a este respecto, el argumento de una funcionaria de la Casa Blanca, que desautorizaba las críticas generalizadas que provocó la declaración del portavoz del Presidente Trump en el sentido de que su toma de posesión había sido la más concurrida de la historia. La asesora Conway adujo que, en contra de las fotografías, videos y crónicas, por ejemplo, de cuando Barak Obama accedió a la primera magistratura en olor de multitudes, su equipo de comunicación manejaba “hechos alternativos”. Alternativos a la verdad factual, se entiende. Verdaderas “fake-news”, noticias falsas —o mejor, “falseadas”—, bulos que inevitablemente nos hacen recordar a aquel genio malvado de la comunicación que fue el filólogo Joseph Goebbels, ministro de propaganda de Hitler, para quien el asunto era muy simple: una mentira repetida adecuadamente mil veces se convierte en verdad.

¿Resultará un tanto benévola la definición académica de *posverdad*? Probablemente sí, si la comparamos con la reflexión que el escritor Julio Llamazares formuló en el diario *El País* el 22 de abril de 2017: “La posverdad no es una forma de verdad, es la mentira de toda la vida”. Y la *mentira* forma parte de los recursos propios de la práctica política. Nicolás Maquiavelo es muy claro a este respecto en *Il Príncipe*. Allí no tiene empacho en afirmar que un gobernante prudente no puede ni debe mantener la palabra dada cuando tal cumplimiento redundaría en perjuicio propio y cuando han desaparecido ya los motivos que le obligaron a darla. No le faltarán, además, razones legítimas con las que disimular o justificar su inobservancia de lo prometido. El que manda debe ser un gran simulador y disimulador. Y concluye el florentino con una máxima que sigue siendo de plena aplicación hoy en día: las personas somos tan crédulas y estamos tan condicionadas por las urgencias cotidianas que el que quiera engañar encontrará siempre quien se deje engañar. En la misma línea, según Hannah Arendt el “estar en guerra con la

verdad” va implícito en la naturaleza de la política, definida ya en su día por Benjamin Disraeli como “el arte de gobernar a la humanidad mediante el engaño”.

Pero en términos de la Pragmática lingüística, aquella disciplina que trata del funcionamiento del discurso en relación tanto al que lo enuncia como al que lo recibe y al contexto de ambos, cuyo texto fundamental de referencia, el *Tractatus Logico-philosophicus* de Ludwig Wittgenstein, tradujo al español Enrique Tierno Galván, otro político que se expresó en términos similares a Disraeli, la afirmación de Maquiavelo equivale a decir que los actos ilocutivos producidos, por ejemplo, en un mitin o en un tuit presidencial son aserciones exentas del requisito de la verificación.

No parece muy probable que Donald Trump haya sido asiduo lector de filósofos franceses como Jacques Derrida o Michel Foucault. Pero es evidente la conexión entre la posverdad y un clima de pensamiento posmoderno por ellos propiciado, que tuvo mayor arraigo en los campus universitarios norteamericanos que en Europa. La llamada *deconstrucción*, para mí un síntoma más de la sociedad líquida, dejó el terreno abonado para el triunfo de la posverdad, y a todo ello contribuye también el éxito de la llamada *inteligencia emocional* estudiada y promovida por Daniel Goleman, que, exacerbada y banalizada, puede conducir a la quiebra de la racionalidad.

La mentira os hará libres es el provocador título de un ensayo sobre la democracia actual publicado en 2012 por el politólogo español Fernando Vallespín. Y es fácil relacionar con el relativismo, el antielitismo intelectual y la inteligencia emocional su convencimiento de que “la «opinión» sobre lo que sea lo real ha acabado por suplir a la realidad en sí misma, que pierde así todo componente de «verdad» y queda al albur de lo que cada cual disponga que es” (Vallespín, 2012: 165). Las consecuencias políticas de estos posicionamientos

individuales son, en todo caso, muy graves: “ha dejado de funcionar la distinción entre verdadero o falso, esfumándose también la posibilidad de establecer un mínimo medio de control racional del discurso político mediante una pausada y reflexiva argumentación pública” (Ibidem).

Pero a la vez es cierto que la Deconstrucción viene a sugerir que la Literatura y, en general, el lenguaje pueden carecer de sentido, que son como una especie de algarabía de ecos en la que no hay voces genuinas, hasta el extremo de que el sentido se desdibuje o difumine por completo. Esto equivale a una manifestación radical en contra de una “hermenéutica positiva” como la representada por Schleirmacher, para la que, hiperbólicamente, el significado de un texto era exactamente el que el autor había querido darle. Semejante postura resulta también equivocada. El libro significa, asimismo, lo que el lector quiere que signifique, pero desde este relativismo hermenéutico, que la Fenomenología explica por la evidencia de que la obra literaria es un esquema que debe ser “rellenado” por el lector en sus “lugares de indeterminación”, todavía queda mucha distancia para llegar a una “hermenéutica negativa”, que niega a todo enunciado estable la capacidad retransmitir un sentido.

Quienes, sobre todo en el mundo anglosajón, se han venido ocupando de este asunto coinciden en destacar tres vectores que ayudan a comprenderlo mejor. El más importante, sin duda, ya lo hemos apuntado: el aprovechamiento económico o político de esas estrategias conducentes a la tergiversación sistemática de la verdad. Y es muy interesante constatar cómo los propios norteamericanos mencionan el precedente de la campaña “Remember the Maine” desencadenada por William Randolph Hearst desde su diario *The Morning Journal* a partir de 1890 para propiciar la guerra contra España. Y en la misma línea se sitúa el denominado “science denialism”: la negación programada de las evidencias aportadas

por los científicos acerca de que fumar producía cáncer, liderada desde 1953 por el *Tobacco Industry Research Committee*, y ya en el nuevo milenio, la controversia del calentamiento global y el cambio climático alimentada desde el *Heertland Institute*, generosamente financiado por Philip Morris, ExxonMobil y los hermanos Koch.

Un segundo vector, de enorme trascendencia, tiene que ver con la poderosa irrupción de inéditos medios de comunicación propiciados por las nuevas tecnologías, que han causado el declive de la prensa y las grandes cadenas de radio y televisión no solo en términos comerciales, sino también en cuanto a su credibilidad. El problema está en que estos nuevos canales y redes sociales influyen más, pero carecen del control profesional de la información, de objetividad y de toda deontología.

El poder demiúrgico de la palabra como creadora, más que reproductora, de la realidad, se fortaleció con la escritura, al proyectar aquel efecto desde el momento de su primera enunciación a través del tiempo y el espacio, pero también se vio incrementado con la segunda revolución tecnológica de la imprenta y lo está haciendo de forma redoblada con los avances de nuestra era de la comunicación audiovisual digitalizada y su propia Retórica.

Los medios audiovisuales tienen hoy en sus manos, con redoblada intensidad, la capacidad de crear realidades: guerras y paces, héroes y villanos, presencias y ausencias. Por ello no es del todo descabellada aquella pregunta formulada irónicamente hace años por algunos pensadores: ¿ustedes creen realmente que los astronautas norteamericanos llegaron a la luna?

Siendo como es este asunto tan antiguo como la Humanidad, adquiere no obstante nuevas y preocupantes dimensiones en la era posmoderna o transmoderna que vivimos, con su invención de la llamada realidad virtual. Cabe preguntarse si la tecnología audiovisual y las nuevas plataformas comunicativas podrán destruir

de una vez por todas nuestra facultad de discernir entre verdad y mentira, entre la historia y la fábula.

Finalmente, también se aducen para explicar el fenómeno complejo de la posverdad argumentos procedentes de la Psicología social, como la influencia de ciertos “cognitive biases”, de los prejuicios o predisposiciones que debemos admitir influyen en nosotros a la hora de encontrar explicación a todo lo que nos rodea, aunque nos revelen que somos menos racionales de lo que pensamos. Con la rara capacidad que los seres humanos tenemos de dejarnos engañar o de engañarnos a nosotros mismos contaba, según lo que hemos visto ya, el brillante y cínico pensador político Nicolás Maquiavelo; lo mismo que hacen, posmodernamente, los apóstoles de la posverdad, Donald Trump al frente (Fish, 2019; Kakutami, 2019; Wilber, 2018). Y todos, estoy seguro de que eran y son conscientes de una condición humana que hemos de admitir humildemente como constante: la estupidez (Moreno Castillo, 2018).

Aparte de los bulos característicos de Trump y de los “brexiters”, no deja de denunciarse constantemente la intensificación de las campañas desinformativas contra la ciudadanía en otros países como Hungría, Rusia o Turquía. Y entre nosotros, los españoles, hay que reparar simplemente en el llamado *procés*, que daría mucho que hablar a propósito de la posverdad. Lo es afirmar que una Cataluña independiente seguiría formando parte de la Unión Europea y de la OTAN, que sería inmediatamente reconocida por los Estados miembros de la ONU, que “España nos roba” o que la nueva República se convertiría en un emporio de riqueza donde proliferarían las empresas deseosas de radicarse en semejante paraíso. Y en esa sutil frontera que va de la posverdad a la pura mentira se encuentra la afirmación reiterada de que la aplicación del artículo 155 de la Constitución española de 1978, que autoriza al Ejecutivo, previa aprobación por mayoría absoluta en el Senado, a

tomar las medidas necesarias para restituir la legalidad democrática si una Comunidad Autónoma no cumple las obligaciones que la Constitución le impongan o actuare de forma que atente gravemente al interés general de España, constituye un golpe de Estado, o que es aplicable a Cataluña el derecho de autodeterminación, tan solo reconocido en la legislación internacional a países sojuzgados por una potencia colonialista.

El género novelístico contemporáneo de las *distopías* cuenta ya con un nutrido corpus que no cesa, ni cesará presumiblemente de crecer. Y en alguna de sus últimas realizaciones nos encontramos ya con fenómenos sociales como la *posverdad* que si bien hace decenios pudieron parecer fantasías más o menos aventuradas, hoy desafortunadamente son realidades pugnaces. Pienso, por caso, en títulos como *The Handmaid's Tale* (1985) y *The Testaments* (2019) de Margaret Atwood, o *Hazards of the Time Travel* (2018) de Joyce Carol Oates.

No se discute que el fundamento del género se encuentra en tres obras publicadas entre los años veinte y los cuarenta del pasado siglo. La primera de las cuales, *Mbl* (*We* en su traducción inglesa; *Nosotros* en la española), de Evgueni Zamiatin, fue prohibida por la censura rusa y hubo de aparecer en una traducción inglesa mutilada y no autorizada por el autor en 1924, y tres años después en una versión checa editada en Praga. En su lengua original no circularía hasta 1988, cuando ya era ampliamente reconocida —no sin alguna que otra polémica— su influencia patente en la muy famosa *Nineteen Eighty-Four*, publicada en 1949, poco antes de su muerte, por George Orwell.

Nosotros y *1984* coinciden en presentar una sociedad distópica brutalmente impositiva mediante una dictadura inspirada sobre todo en la establecida por la Unión Soviética bajo la férula de Stalin, aunque también con algunos atisbos del fascismo. Y ello, pese a que

sus respectivos autores habían combatido a favor de la revolución tanto en la Rusia zarista (Zamiatin) como en la España de la guerra civil (Orwell).

Entre ambas novelas distópicas, Aldous Huxley había alcanzado un gran éxito con su *Brave New World*, de 1932, cuyo título, procedente de Shakespeare (“O brave new world, / That has such people in’t”, *The Tempest*, acto V) sugiere, al contrario que en Zamiatin y luego en Orwell, una tiranía aparentemente amable, en la que la alienación del ser humano es total pero menos cruenta gracias a la manipulación genética, tecnológica y propagandística de la ciudadanía.

Resulta sumamente interesante, a los efectos de valorar en qué medida estos tres textos distópicos se relacionan entre sí y hasta qué punto adelantaron en su momento lo que hoy por hoy, setenta años después de la publicación de *Nineteen Eighty-Four*, forma parte de nuestra realidad, recurrir a otros dos importantes escritos de Aldous Huxley. Me refiero al prólogo que puso a la edición de su novela publicada en 1946 y, sobre todo, a su nuevo libro *Brave New World Revisited*, aparecido ya después del de Orwell, en 1958. Allí, no sin un punto de jactancia, Huxley (1994: 43) lanza una afirmación creo que irrefutable a la altura de 2019: “in the immediate future there is some reason to believe that the punitive methods of 1984 will give place to the reinforcements and manipulations of Brave New World”.

Esos “métodos punitivos” de la sociedad distópica en la novela de George Orwell son básicamente los mismos que Zamiatin había descrito ya un cuarto de siglo antes, y por la tanto la concomitancia entre *Nosotros* y 1984 resulta evidente. Aldous Huxley leyó atentamente la segunda de ellas, que está muy presente en su secuela de 1959 *Brave New World Revisited*. Pero existen al menos tres indudables inspiraciones de Zamiatin presentes también en *Brave New World*.

En *Nosotros* la religión de los “antiguos”, los seres humanos que vivían en “la época antediluviana de los Shakespeare, Dostoievski o como quiera que les llamaran” (Zamiatin, 2011: 138) “rendían culto a un Dios absurdo y desconocido”, mientras que, como escribe en primera persona el protagonista, identificado como D-503, “nosotros servimos a una divinidad racional (...) brindamos a nuestro Dios, el Estado Único” (Zamiatin, 2011: 140). Esta conceptualización religiosa confiere el papel de Mesías “al más genial de los antiguos (...) ese profeta que supo vislumbrar el futuro con diez siglos de adelanto” (Zamiatin, 2011: 129), que no es otro que Frederick Winslow Taylor, el ingeniero y economista norteamericano muerto en 1915 y fundador del movimiento de organización científica del trabajo. Su objetivo era crear un tipo nuevo de obrero, cabalmente plasmado en la tenebrosa factoría subterránea de la más destacada distopía cinematográfica, *Metrópolis* de Fritz Lang, estrenada en 1926 y por lo tanto rigurosamente coetánea de *Nosotros*.

Este título de Zamiatin apunta, en contra del propuesto por el escritor francés Jules Romains, hacia un *unanimismo* negativo y alienador de la individualidad humana que el taylorismo propició: “Observé: al ritmo que marcaba Taylor, con velocidad uniforme, los hombres de abajo se doblaban, enderezaban y giraban como bielas de una enorme máquina (...) Aquello era un único ser: máquinas humanizadas, convertidas en gente” (Zamiatin, 2011: 174-175). Esta visión tenebrosa de cómo la sociedad capitalista estaba evolucionando se generalizará en la literatura europea de esos mismos años, en la que destaca a este respecto la novela de la escritora chilena Rosa Arciniega *Mosko-strom. El torbellino de las grandes metrópolis*, publicada en Madrid en 1933: “Nada era individual. Ningún esfuerzo, por desarticulado, por desconectado, al parecer, de la gran máquina, era perdido. Todos colectivamente, iban apoyándose en un émbolo, en un pistón que, presionando así,

cedía, vencido, imprimiendo un movimiento rotatorio a la ingente máquina del Progreso” (Arciniega, 108).

El Taylorismo de Zamiatin encuentra su réplica en la “era fordiana” de Aldous Huxley. El calendario del Estado mundial de *Brave New World* tiene su inicio en 1908, cuando se fabricó el primer Ford modelo T, letra convertida en símbolo religioso que sustituye a la cruz cristiana. Y en las misas de la nueva religión, en las que se comulga con tabletas de una droga denominada soma, se canta un himno de solidaridad cuyos primeros versos dicen: “Ford, we are twelve; oh, make us one, / Like drops within the Social River” (Huxley, 1932: 70).

También relaciona a Huxley con Zamiatin el recurso a la alteración genética, biológica y anatómica de los seres humanos practicada en la sociedad distópica que ambos nos presentan. En *Nosotros* se recurre a la cirugía para extirpar la imaginación y la fantasía de los ciudadanos y *Brave New World* comienza con la visita de un grupo de estudiantes a un centro “de incubación y condicionamiento” en el que se aplica el método Bokanovsky, una sofisticada manipulación ovípara a partir de la extirpación de los ovarios a las donantes que recibían en contrapartida una prima equivalente al salario de seis meses. En vez de obtener de cada óvulo un embrión y un individuo, el método consistía en subdividirlo hasta lograr un máximo de noventa y seis seres humanos. Y el Director del *Central London Hatchery and conditioning centre* resume con toda claridad el extraordinario avance que esto representaba: “Bokanovsky’s Process is one of the major instruments of social stability (...) Standard men and women; in uniform batches. The whole of small factory staffed with the products of a single bakanovskified egg” (Huxley, 1932: 5). A tal condicionamiento genético, conducente al logro de la uniformidad humana, se añade el complemento de técnicas sofisticadas de hipnopedia que, desde niños, se aplican a los ciudadanos para

imbuirlos de las “suggestions from the State” (Huxley, 1932: 24), o la reiteración de determinados tratamientos a los bebés en las salas de condicionamiento neopauloviano de las guarderías infantiles.

Finalmente, el novelista ruso y su colega inglés coinciden asimismo en la presencia protectora en sus respectivas sociedades distópicas de un elemento arquitectónico que se convierte a la vez en un emblema cargado de simbolismo, y que es de inquietante actualidad en 2019. En *Nosotros*, el protagonista está convencido de que “los muros son la base de toda obra humana” (Zamiatin, 2011: 135) y por ello el Muro Verde erigido por el Estado Único “es, quizá, la más importante de nuestras invenciones. El hombre dejó de ser un animal salvaje cuando construyó el Muro, cuando gracias a él pudimos aislar nuestro perfecto mundo mecánico del irracional y grotesco mundo de los árboles, los pájaros y las bestias” (Zamiatin, 2011: 185).

Bestias que pueden ser, también, humanas: son el Otro, el desplazado, el migrante, los espaldas mojadas (*wetbacks*). Son los salvajes que en *Brave New World* pueblan la reserva del conocido como “the valley of Malpais”. Es de destacar el nombre de la reserva, que consta de varios *pueblos*, así mencionados también en español. El muro está representado, en este caso, por “the frontier that separated civilization from savagery” (Huxley, 1932: 90). Tras ella, confinados, perviven “repulsive habits and customs... marriage (...), families... no conditioning... monstrous superstitions... Christianity and totemism and ancestors worship... extinct languages, such as Zuni and Spanish” (Huxley, 1932: 89).

Aparte de su creatividad imaginativa y de su contrastada calidad literaria, nos siguen seduciendo los atisbos proféticos de estas obras, como si hubiesen sido escritas por verdaderas sibilas novelísticas. Y este reconocimiento, creo para mí, se mantiene con renovada fuerza en el siglo y milenio en el que vivimos, en el que la propia

evolución de las sociedades, determinada en gran medida por algo que ni Zamiatin, ni Huxley ni Orwell pudieron atisbar en toda su dimensión: las nuevas tecnologías digitales, nos plantea día a día nuevas interrogantes acerca del futuro de nuestra civilización y de la propia condición humana. El mundo feliz de Huxley vive en el “año de estabilidad” 632 después de Ford, lo que a partir de la fecha fundacional de la nueva era (1908) nos situaría en el 2540. Pero ya en su revisión de la novela (Huxley, 1958: 4) reconoce que “the prophecies made in 1931 are coming true much sooner than I thought they would”.

En cuanto a Orwell, no cabe duda de que se quedó corto, cuando en 1948 estaba escribiendo *Nineteen Eighty Four* al proyectar la sociedad que describía en ella tan solo treinta y seis años hacia adelante. Bien es cierto que, consciente de la cortedad de ese plazo proyectivo, en el apéndice que cierra su novela (Orwell, 1949: 312) demora hasta el año 2050, por ejemplo, la sustitución definitiva del “Oldspeak (or Standard English, as we should call it)”, por el *Newspeak*, la famosa *neolengua* orwelliana, asimismo de tanta actualidad hoy en día, por ejemplo en relación con la llamada corrección política (*political correctness*).

Nos resulta ciertamente difícil asimilar o encajar, por caso, las sorpresas e inquietudes que desde su toma de posesión como presidente de la hasta ahora más poderosa y avanzada nación del mundo está provocando ecuménicamente Donald Trump, quien había prometido ya como candidato construir un muro a lo largo de toda la frontera entre los más grandes países de América del Norte, adelantando además que su coste debería ser asumido por los Estados Unidos de México. Pero Donald Trump es un presidente elegido democráticamente en virtud de un sistema que lo encumbró a tan alta magistratura pese a que su oponente en las elecciones, la candidata Hillary Clinton, obtuviese varios millones más de votos populares.

Precisamente por estas circunstancias, nos parecen clarividentes, y a la vez inquietantes, algunas afirmaciones que Aldous Huxley (1958: 151-2) hacía al final de *Brave New World* refiriéndose precisamente a los Estados Unidos, potencia a la que ve como “the prophetic image of the rest of the urban-industrial world as it will be a few years from now”. Estima que los jóvenes norteamericanos menores de veinte años, los electores del mañana, no tienen ya fe en las instituciones democráticas, no creen en la posibilidad de un gobierno del pueblo por el pueblo, se sentirían plenamente satisfechos siendo gobernados “by an oligarchy of assorted experts” siempre que pudieran continuar viviendo “in the style to which the boom has accustomed them”, e, incluso, “see no objection to the censorship of unpopular ideas”, lo que constituye el fundamento de esa forma de censura perversa que llamamos corrección política, ya denunciada por Robert Hughes (1993) en un libro imprescindible: *Culture of Complaint. The Fraying of America*.

No encontramos en Zamiatin ningún atisbo del asunto fundamental que queremos relacionar con las distopías: la posverdad. Otra cosa sucede en el caso de las obras de Aldous Huxley, tanto en su novela de 1932 como en la revisión de los términos de la misma que él mismo publicó en 1959.

Frente a la ortodoxia oficial del Estado, “truth’s a menace, science is a public danger”, razón por la cual “Our Ford himself did a great deal to shift the emphasis from truth and beauty to comfort and happiness. Mass production demanded the shift. Universal happiness keeps the wheels steadily turning; truth and beauty can’t” (Huxley, 1932: 200-1).

En relación a menciones anteriores que, al hilo de la posverdad, hemos hecho al pensamiento cínico de Maquiavello y a la incidencia que el sustrato académico y universitario de la deconstrucción ha

tenido en la irrupción posmoderna de la posverdad, encontramos al menos dos atisbos especialmente significativos en el Huxley de 1959.

Así, en efecto, en *Brave New World Revisited* se expresa un argumento demoledor. Se reconoce que en muchas esferas de la actividad humana, hemos aprendido a atenernos a la razón y a la verdad, pero no especialmente en lo que toca a la política, la religión y la ética. Pero, por desgracia, otro tanto sucede con la tendencia a la sinrazón y la falsedad, “particularly in those cases where the falsehood evokes some enjoyable emotion, of where the appeal to unreason strikes some answering chord in the primitive, subhuman depths of our being” (Huxley, 1959: 44). Preguntémonos hasta qué punto esta premonición huxleiana apunta a la entraña de la posverdad actual, definida en castellano como toda información o aseveración que no se basa en hechos objetivos, sino que apela a las emociones, creencias o deseos del público; como una distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales.

Por otra parte, el Estado totalitario en forma de verdadero Ogro filantrópico que nos ofrece Huxley logra inocular en sus súbditos un “instinctive hatred of books and flowers. Reflexes unalterably conditioned. They’ll be safe from books and botany all their lives” (Huxley, 1932: 17). Y de tal modo, en cuanto a un “tipo llamado Shakespeare” —al que tan despectivamente se alude en el capítulo III de *Brave New World*— su obra literaria merece, páginas adelante, la siguiente valoración: “it seemed to be full of nonsense, Uncivilized” (Huxley, 1932: 113). Igualmente, cuando se cita una frase shakesperiana, el personaje de Linda reacciona así: “For Ford’s sake, John, talk sense. I can’t understand a word you say” (Huxley, 1932: 168). Aquí puede estar la inspiración para lo que en otra distopía deudora de *Brave New World* como es *Fahrenheit 451*, publicada por Ray Bradbury en 1953, el jefe de los bomberos pirómanos de toda

literatura le explica a su subalterno, el protagonista Montag: que los libros no dicen nada. Nada que pueda enseñarse o creerse. Bizarra afirmación que podrían suscribir sin empacho Jacques Derrida y sus conmlitones deconstructivistas, inmediatos inspiradores de la posverdad.

Más allá de los antecedentes apuntados, este asunto central que nos ocupa encuentra su primera y convincente fundamentación distópica en *Nineteen Eighty-Four* de George Orwell.

A este respecto, fue determinante la experiencia que el escritor inglés vivió al comienzo de la guerra civil española, cuando en diciembre de 1936 se incorporó en Barcelona a las milicias del POUM, el Partido Obrero de Unificación Marxista de orientación trotskista, con las que combatió, y fue herido, en el frente de Aragón. Fue testigo también, en mayo de 1937, de los choques armados entre comunistas, anarquistas y trotskistas que tuvieron lugar en la ciudad condal. El testimonio de todo ello está en su libro de 1938 *Hommage to Catalonia*, en el que manifiesta reiteradamente su desazón por las tergiversaciones de la verdad urdidas por los diferentes partidos políticos que se difundían a través de la prensa española e internacional en contra de lo que él había visto en los frentes de batalla o en los enfrentamientos de Barcelona. Y en su ensayo titulado *Mi guerra civil española* (Orwell: 1988) llega a temer que la idea de verdad objetiva estuviese desapareciendo del mundo, y que la mentira acabase convirtiéndose en verdad.

El estado totalitario que se describe en *Nineteen Eighty-Four* rige una de las tres superpotencias en que está organizado el mundo: Oceanía. Y la gobierna un partido único, el Ingsoc, para el que los “sacred principles” son “newspeak, doublethink, the mutability of the past” (Orwell, 1949: 28), y sus lemas fundamentales “WAR IS PEACE. FREEDOM IS SLAVERY. IGNORANCE IS STRENGTH” (Orwell, 1949: 6).

El encargado de difundir de forma avasalladora semejantes mentiras es el Ministerio de la Verdad, en neolengua *Minitrue*, así como al Ministerio del Amor compete la represión, la tortura, la reeducación y la instigación al odio hacia las otras dos potencias, Eurasia y Asia Oriental. El Ministerio de la Paz se ocupa de mantener con ellas, alternativamente, un constante estado de guerra, y el Ministerio de la Abundancia (*Miniplenty*) controla una economía planificada que se basa en el racionamiento de todos los bienes.

La “neolengua”, a la que se dedica todo un apéndice al final de la novela (“The Principles of Newspeak”), es el resultado de la manipulación del inglés por parte del Ingsoc para empobrecerlo y desconectarlo totalmente de la conciencia de los hablantes, hasta imposibilitar cualquier forma de pensamiento que no coincidiese con la ideología del poder. Ello representaría, luego de la implantación definitiva del “newspeak” programada para el año 2050, la desaparición de toda la literatura inglesa, la prohibición de muchas palabras y expresiones, y la imposición de neologismos basados en el eufemismo, la paradoja, el oxímoron o la antífrasis.

Si en la distopía orwelliana encontramos una formulación inconfundible de lo que hoy denominamos posverdad, también está en ella, en esa “neolengua”, el fundamento cumplidamente desarrollado de otro gran asunto de máxima actualidad al que hemos aludido ya, pero que merecería un tratamiento monográfico independientemente: la corrección política. Porque la “political correctness” actual consiste también en la censura de la lengua común y de la imposición de un idioma sustitutivo que altere, incluso, las reglas fundamentales de la gramática por voluntad de un poder hasta cierto punto indefinido, pues no coincide con el del Estado, el Partido o la Iglesia.

En *Nineteen Eighty-Four*, por el contrario, es el Ingsoc el que persigue el control absoluto de la realidad mediante lo que en

neolengua se denomina *doublethink*. El protagonista de la novela, Winston Smith, trabaja como funcionario del Ministerio de la Verdad cuya misión es alterar todos los testimonios escritos de lo que una vez sucedió para hacerlos coincidir con la voluntad cambiante del Partido. Winston conoce la verdad de los hechos a través de esas fuentes inconvenientes –por ejemplo, los ejemplares del diario *Times* sobre los que trabaja constantemente–, pero este conocimiento solo habita “in his own consciousness”, que puede ser en cualquier momento aniquilada. En cambio, al modo de Joseph Goebbels, “if all others accepted the lie which the Party imposed –if all records told the same tale–then the lie passed into history and became truth”. La rentabilidad política, en términos de poder, que esto representa es evidente: “‘Who control the past’, ran the Party slogan, ‘controls the future: who controls the present controls the past’. And yet the past, though of its nature alterable, never had been altered. Whatever was true from everlasting to everlasting. It was quite simple” (Orwell, 1949: 37).

El mecanismo del *doublethink* que Winston consigue desenmascarar con precisión ilustra muchas de las facetas, virtualidades y contradicciones de nuestra *posverdad* actual: “To know and not to know, to be conscious of complete truthfulness while telling carefully constructed lies, to hold simultaneously two opinions which cancelled out, knowing them to be contradictory and believing in both of them; to use logic against logic” (Orwell, 1949; 37).

Winston Smith, cuando descubre dicho mecanismo se incorpora a una Hermandad de resistentes que será finalmente traicionada por uno de sus líderes, un infiltrado, y esto precipita su autoderrota y su sumisión a la voluntad del Partido: “But it was all right, everything was all right, the struggle was finished. He had won the victory over himself. He loved Big Brother” (Orwell, 1948: 310). Su fracaso final contradice los propósitos disidentes que le habían inducido a empezar

a escribir un diario “from the age of uniformity, from the age of solitude, from the age of Big Brother, from the age of doublethink” hacia un futuro más amable, “to a time when thought is free, when men are different from one another and do not live alone –to a time when truth exists and what is done cannot be undone” (Orwell, 1948: 30).

Futuro que desafortunadamente no podremos identificar con nuestra época actual en la medida en que siga creciendo en ella la posverdad.

REFERENCIAS

- D’ANCONA, Matthew (2019). *Posverdad. La nueva guerra contra la verdad y como combatirla*. Madrid: Alianza Editorial.
- ARCINIEGA, Rosa (1933/2019). *Mosko-strom. El torbellino de las grandes metrópolis*. Edición de Inmaculada Lergo. Sevilla: Espuela de Plata.
- FISH, Stanley (2019). *The First. How to Think About Hate Speech, Campus Speech, Religious Speech, Fake News, Post-Truth, and Donald Trump*. New York: Simon & Schuster.
- HUGHES, Robert (1993). *Culture of Complaint. The Fraying of America*. New York: Oxford University Press.
- HUXLEY, Aldous (1932/1994). *Brave New World*. London: Vintage Books.
- HUXLEY, Aldous (1959/1994). *Brave New World Revisited*. London: Vintage Books.
- KAKUTAMI, Michico (2019). *La muerte de la verdad. Notas sobre la falsedad en la era Trump*. Traducción de Amelia Pérez Villar. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- KEYES, Ralph (2004). *The Post-Truth Era: Dishonesty and Deception in Contemporary Life*. New York: St. Martin’s.
- MACDONALD, Hector (2018). *Verdad*. Barcelona: Debate.
- MCINTYRE, Lee (2018). *Post-Truth*. Cambridge, MA: MIT.

- MORENO CASTILLO, Ricardo (2018). *Breve tratado sobre la estupidez humana*. Madrid: Fórcola.
- ORWELL, George (1949/2018). *Nineteen Eighty-Four*. London: Vintage Books.
- ORWELL, George (1988). *Mi guerra civil española*. Barcelona: Destino.
- RABIN-HAVT, Ari and Media Matters (2016). *Lies, Incorporated. The World of Post-Truth Politics*. New York: Anchor Books.
- RODRÍGUEZ MAGDA, Rosa María (2004). *Transmodernidad*. Barcelona: Anthropos.
- VALLESPÍN, Fernando (2012). *La mentira os hará libres. Realidad y ficción en la democracia*. Barcelona: Galaxia Gutenberg.
- VILLANUEVA, Darío (2019). *Corrección política, lengua y posverdad*. Madrid: Fundación Santillana.
- WILBER, Ken (2018). *Trump y la posverdad*. Barcelona: Kairós.
- ZAMIATIN, Evgueni Ivánovich (2011). *Nosotros*. Traducción española de Alfredo Hermosillo y Valeria Artemyeva. Madrid: Cátedra.

